

## ECOS DE LA VIDA LITERARIA

LA VANGUARDIA ESPAÑOLA

MIÉRCOLES 18 DE ABRIL DE 1962

Los tres libros de versos que hasta ahora ha publicado José Agustín Goytísolo han sido agrupados por su autor en la unidad del volumen que acaba de salir a luz: «Años decisivos». Esos tres libros, que jalonan el camino de José Agustín Goytísolo son: «El retorno», «Salimos al viento» y «Claridad». Quizá no hubiese estado de más un prefacio en que el poeta recogiese las enseñanzas debidas a la experiencia y a la emoción de las etapas cubiertas, ya que de 1954 —año en que se publicó «El retorno»— hasta el momento presente, ha evolucionado el arte poético de José Agustín Goytísolo, al que venimos siguiendo con sostenido interés. Los lectores de «Años decisivos» descubrirán lo que estimen oportuno de este libro, que realmente es un camino, trasunto de la vida del autor, en la primera fase de su alborizante producción. Título, en efecto, bien hallado el de «Años decisivos», porque lo fueron y lo son, por más que la suerte del poeta, y del hombre que con él coexiste, no se decide nunca. Pero es evidente que la interpretación dada por el autor a su obra sería de gran utilidad para contrastar juicios, propósitos y realizaciones.

Pero lo que el poeta no ha llevado a cabo, lo ha de realizar un crítico. En este caso José María Castellet, quien medita y hace meditar a los demás sobre la poesía de José Agustín Goytísolo, en penetrante estudio publicado en «Papeles de Son Armadán». Sin perjuicio de referirnos en algún otro momento al ensayo de Castellet, utilicémoslo, por lo pronto, en una observación de singular interés, ya que alude a la influencia de nuestra guerra en la sensibilidad colectiva de los poetas de hoy que en ese ayer eran todavía niños. José Agustín Goytísolo en «El retorno» compone una elegía o canto en recuerdo de su madre, muerta en dramáticas circunstancias. Pero pensamos que el hecho personal, con su esencial lirismo, prevalece sobre el hecho colectivo, aunque éste repercutiese en el alma infantil de José Agustín, pero sin los arrastres de varia índole que el tiempo luego promoviera. La madre evocada acusa su presencia en forma corpórea, perfectamente individualizada a la luz de su propia entidad humana: «Iluminada, alegre casi—, ibas camino de la muerte.» «La vida estaba en su cabello, en su frente, en su carne pura y breve.» El singular perfume de la madre perdida, sin que el niño huérfano se diera cuenta del engranaje de su «caso» con un complicado acontecer histórico, impregna de muy humana emoción determinados momentos de «El retorno»:

Yo recuerdo tus ojos,  
cuando hablabas del aire,  
porque el cielo venteaba en tus pupilas.  
Yo recuerdo tus manos —hace frío—  
arropándome al lecho, como trozos  
de hielo enamorado.  
La luz era contigo  
más clara;  
y la alegría en tu boca, era tu boca,  
y el jardín era sombra, porque cuando decías:  
—Jugad en el jardín,  
nos cubrías de un tenue perfume de enramada.

El elemento dramático que da su tono al poema, se hace más puramente lírico en el último poema:

... Vuelve el día  
vivido a transportarme, lejano,  
entre los chopos.  
Allí te esperaré.  
Me anunciará tu paso el breve salto  
de un pájaro, en ese instante fresco y huido  
que determina el vicio,  
y la hierba, otra vez, como una orilla,  
cederá, poco a poco, a tu presencia...

La transparencia de expresión que constituye, a no dudarlo, una de las características de la poesía de José Agustín Goytísolo se mantiene en «Salimos al viento» libro aparecido en 1958, que obtuvo el premio «Boscán». Pero no deja de caer sobre el cristalino lenguaje poético el viso o visillo de un cierto conceptis-

mo satírico, de estirpe quevedesca. ¿Será menester aclarar que uno de los clásicos más afines a determinadas formas de la mentalidad y sensibilidad actuales es Quevedo? Lo que ocurre es que el tantas veces agrio Quevedo se dejaría endulzar hoy por un ambiente de general concesión a usos y costumbres de tipo imprevisible, desde el punto de vista de un español del siglo XVII. Hombre de genial agudeza, Quevedo se formaría muy pronto su composición de lugar, apoderándose rápidamente del vocabulario que necesitara para entenderse con los demás, expresándose en términos adecuados al fenómeno de una nueva clase: la burguesía. Relativamente nueva, porque tal vez en el hidalgo de moderada hacienda y en el menestral, más o menos ambicioso, se prefigure el mesócrata de nuestros días, con proyección sobre la alta burguesía:

Grande y poderoso eres, ¡oh prócer,  
oh singular prestigio, nuevo Crespo!  
A tu presencia tiemblan las paredes,  
los empleados, el papel, los números.  
Nadie como tú, maravilloso germen  
de la opulencia y de la gran industria,  
con tu cartera, con tu hermosa calva  
rodada de planetas y aureola,  
con el pulcro chaleco abotonado  
sobre tu inmenso abdomen; nadie,  
nadie como tú, flor nueva,  
tupipán de oro.  
De entre todos te alzaste, como un monte  
de lava sobre el páramo...

Toda esta composición, «Apología del libro», nos da la impresión de un quevedismo «puesito al día», acentuándose en los versos finales, alusivos al mundo que es «asiento de posaderas recias y bursátiles». Evidentemente, la burguesía irrumpe en el mundo satírico-poético de José Agustín Goytísolo sin tener que empujar demasiado, ya que el tema se presta a la deformación grotesca de que el autor gusta en distintas ocasiones, bajo una u otra inspiración. En el camino de Quevedo hacia acá, anduvo, genialmente, Valle Inclán, muy en concreto el de «La pipa de Kif». El daimón de Goytísolo, en técnica poética, es distinto. Pero la inquietud estética ofrece algún punto de contacto. El joven poeta abre calicatas en terreno propio cuando escribe, por ejemplo, «La mujer fuerte» o «El profeta» y obtiene una dimensión de profundidad que vuelve a conseguir en otros poemas de su tercer libro, bien llamado «Claridad».

Si en «Salimos al viento» aparecen los burgueses y otros tipos igualmente extralidos de la sociedad actual, en «Claridad» lleva a su extremo límite la intención autobiográfica que ya se hizo visible en alguna composición anterior. Pero ahora la autobiografía, sin perder en absoluto el acento personal e intransferible del poeta, busca la comunicación con otros hombres, «con todos los hombres de la tierra», como dice expresamente, y como si quisiese asumir la representación de todos. En otros poemas van surgiendo el niño amuy niño que fue, y en él inserto, el hombre prematuro que busca un pecho «donde esconder el llanto»; el hombre ya hecho que empieza a vivir del recuerdo en cuanto es poesía y experiencia a la vez; el hombre que se pregunta a sí mismo muchas cosas y que se identifica con el mundo en torno, y se ve situado en variada geografía. Avila, Tierra de Campos. También en tierra extranjera, que hace a la propia más digna de amor. Los versos del poeta se hacen más ingravidos para dejarse llevar por aires de canción. Y llegado el momento de recobrar su peso, lo hace notar en «Aquellas palabras». Como que en esta breve composición —citemos de nuevo a Castellet— el autor define su poética. «Hambre, dolor, mentira», son palabras vivas tras las cuales se perciben los «mil gritos acallados» que el poeta siente despertar en su conciencia. El concepto renueva la metáfora expresiva en otros poemas, saturados de inequívoca preocupación social. Pero este ámbito se recoge o reduce en el puramente amoroso y familiar de los poemas titulados, respectivamente, «Así» y «Con nosotros», para abrirse de nuevo a inquietudes de aquella índole y evocar a Antonio Machado en términos muy ceñidos.

**M. FERNANDEZ ALMAGRO**  
de la Real Academia Española